

nito? Por esto es por lo que aquel Corazon sagrado es el templo vivo de la Divinidad, el Santuario del Espíritu Santo, la deliciosa morada de la Santísima Trinidad. Ella reposa allí como sobre un trono de una santidad infinita; se complace allí sin término, porque ella está allí amada sin medida: Ella recibe allí los homenajes á los cuales tiene derecho de parte de toda criatura, pero que ninguna de ellas está en estado de dárselo; por consiguiente, allí tambien está el núcleo que reanuda á la naturaleza humana con la naturaleza divina; el centro donde lo finito se une á lo infinito, el altar donde la víctima de un precio limitado, honra y aplaca á una Majestad sin límites; porque este Corazon no es solamente deificado, sino que es el Corazon del mismo Dios. ¡Ah! si alguno á esta vista no se siente como arrebatado, como trasportado fuera de sí mismo, y no siente á la vez inflamarse todas las fibras de su corazon, ¿cuándo pues se encenderá?

CAPITULO V.

EXCELENCIA DE LA DEVOCION AL SAGRADO CORAZON, EN RAZON DEL AMOR DE JESUCRISTO, A QUIEN ELLA HONRA ESPECIALMENTE.

Por los homenajes que damos al Sagrado Corazon de Jesus, honramos, como lo hemos explicado hasta aquí, los sentimientos interiores del Hombre-Dios, las afecciones de su santa alma, sus virtudes, sus dones, su inefable dignidad; sin embargo, es un punto que debe sobre todo fijar nuestra atencion y tocar nuestros corazones, quiero hablar de la ardiente caridad con la que Jesus son ha amado. En efecto, la gloria dada á esta divina caridad, es por una parte lo que constituye el principal mérito de la devoción al Sagrado Corazon de

Jesus, y por la otra es el fruto más precioso de ella: porque ¿qué objeto más noble podrá proponerse una alma cristiana, que reconocer y amar al amor?—Ella es un fruto, porque es imposible comprender, aun en la parte más pequeña, esa inmensa caridad sin sentirse obligado á corresponderle?—¡Quiera, pues, Jesus que ella se manifieste en nosotros con toda su intensidad, para que nos sujete á su dulce imperio!

§ I.

Amor eterno que el Verbo divino tiene á los hombres.

Que el Corazon de Jesus hable al espíritu de aquel que considere el amor que nos ha traído, es una verdad inconcusa. El Corazon es el símbolo del amor, por esto sus llamas, sus espigas, su cruz, todos aquellos emblemas de que está rodeado, son otros tantos testimonios que patentizan todo su amor: aquí comienzan las maravillas de la divina caridad, porque ¿hay algo más admirable, más prodigioso que el amor mismo que Jesus nos ha manifestado? Para un cristiano poder decir que Jesus piensa en él, que Jesus le ama, le ha de parecer una paradoja. ¡Cómo! podrá replicar con razon, ¿cómo! Jesus se ocupa de mí? Que me conserve la vida, que me impida precipitarme á cada instante al fondo del abismo cual yo lo merecía, es el efecto de su infinita misericordia; que me colme aún de sus gracias y me favorezca con su compasion, es obra de su gran liberalidad; pero que me ame, ¡que me ame á mí!... Oh! esto es mucho. ¡Ah! ¿arrojaré aún mi corazon á los pútridos pantanos del mundo? Me expondré á amar, á acariciar á un gusano, á un fétido animal de la tierra? ¿Soy yo capaz de procurar el bien para un enemigo pérfido, furioso y engañoso, para un impío, un sacrilego, ó un asesino? ¿Y Jesus podrá obrar de otra manera conmigo? No, esto no

es posible, y el que se empeñare en persuadirme, de ello trataría de engañarme. Ciertamente, hé aquí la justa reflexion que haria el que llegase á entender, por la primera vez, que Jesus le amaba: *¿Quién es el hombre, oh mi Dios! para que te acuerdes de él, y quién es el hijo del hombre para que te dignes visitarlo?* (1) Y sin embargo, la fé nos dice con instancia que esto no es un error, no es una ficcion, no es una vana presuncion el creer que Jesus nos ama; más bien seria un intolerable error escuchar aquellos engañadores sentimientos que se levantan algunas veces en nuestro corazon y nos dicen que no somos amados.

Yo digo que Jesus me ama: ¿y será esto decir lo bastante? Sí, entrando con el pensamiento más allá de todos los siglos, me esfuerzo en penetrar de alguna manera en la eternidad, y encuentro á Jesus, el Verbo divino, existiendo ya: *En el principio era el Verbo*, (2) y era ya infinitamente dichoso por sí mismo y la plenitud de los bienes que poseía, y sin embargo, no estaba sin mí, porque estaba presente á su amor, puesto que me amaba ántes de toda eternidad. Yo estaba ante Él con todas mis miserias y no obstante me amaba; con todas mis ingraticudes, y Él me amaba; con todas mis rebeliones, y con ellas me amaba con mis estúpidas provocaciones, y no fueron éstas obstáculos para su amor; pero aún le debo más, precisamente por verme tan miserable, tan cargado de pecados, tan digno de castigos, se ofrece por mí á su Padre, ofreciéndole en mi favor mil proyectos de esclarecido amor. *La caridad de Jesus es, pues, una caridad eterna!* (3) Con razon aquella jóven vírgen santa Inés, cuando decia: "Yo he sido preparada por otro amante;" puesto que estamos preparados en

(1) Quid est homo quod memor es ejus, aut filius hominis quoniam visitas eum. *Psal. 8, 5.*

(2) In principio erat Verbum. *Joan. 1, 1.*

(3) In charitate perpetua dilexi te, *Jerem. 31, 3.*

la duracion de todos los siglos. Si supiésemos que un mortal, aquí en el mundo, nos amase durante un año, no podríamos dejar de impresionarnos hasta el fondo del alma; pero si otro nos hubiese consagrado todos los días de su vida; si desde el primer momento de su existencia no hubiera amado otra cosa que á nosotros; pensando en nuestra persona de día y de noche sin tregua ni reposo, ¡gran Dios! veríamos allí sin duda un prodigio de amor; y Jesus que nos ha tenido presentes antes de todos los siglos, en su mente divina, y nos ha amado con tanta perfeccion, y tanto se goza en cuanto medita hacer en nuestro bien: ¡todo esto, no solo no nos arrebatara el corazon, sino que nos deja insensibles! ¡Oh caridad, caridad incomprendible de Jesucristo! Y con todo, este amor que se pierde en la eternidad, no es ahora sino el preludio ó principio de la divina historia de la caridad de Jesus hácia los hombres.

Cuando Dios quiso sacar al mundo de la nada, fué por Jesus, por quien todas las cosas se hicieron como lo indica el Evangelista: *Todo lo ha hecho por él y nada ha sido hecho sin él.* (1) El Verbo divino fué tambien, como lo enseñan los antiguos Padres, quien se encargara de reglamentar toda la economía de la ley antigua. A él es á quien Malaquías llama *el Angel del Testamento*. El fué el que apareció á los patriarcas y habló á los profetas. El fué el que contrató con Abraham la famosa alianza; el que en medio de los rayos y temblores del Sinaí dió la ley á Moisés; el que dirigió á los Israelitas en el desierto, el que fortificó el valor de Josué, de Gedeon y de todos los otros santos personajes. A Él señala el príncipe de los Apóstoles cuando nos enseña que los profetas anunciaron el tiempo de la venida de Cristo, por la inspiracion misma de su espíritu que estaba en ellos: á Él es al que inicia tambien el apóstol San Júdas, cuando observa que Jesus libran-

(1) Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil. *Joan. 1, 3.*

BIBLIOTECA CENTRAL

do al pueblo de Dios de la servidumbre de Egipto, fué la ruina de los que no creyeron, si bien es que toda la ley antigua no es sino una expresion del amor constante del Verbo divino, que si no claramente, al ménos como á hurtadillas y por entre las celosías, cual le pinta la Esposa de los Cantares, espiando sin cesar á nuestras almas. Y aun todavía esto no es sino la aurora del amor del Hijo de Dios hácia los hombres, esto no es aún el sol que brilla en la plenitud de su medio día.

§ II.

Amor del Verbo Encarnado por los hombres en los misterios de su vida mortal.

Cuando la plenitud de los tiempos se cumplió, apareció la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor por los hombres (1) bajo la apariencia mortal de que se revistió, en las miserias á las cuales se condenó, y por la donacion entera que de sí mismo nos hizo entónces, brilla en todo su esplendor la misma caridad de Jesucristo.

El Hijo único de Dios, igual á su Padre en poder, en justicia, en santidad y en todo género de perfecciones, saliendo, por decirlo así, de sí mismo, se demostrò al mundo abrasado del amor más ardiente, semejante á nosotros, confundido con nosotros, no aspirando por tantos artificios y continuos regalos que á ganarse nuestro corazon.

Las ternuras solas de su divina infancia serían bastantes para amainar el corazon de un tigre. Un Dios envuelto en pobres pañales, acostado en una oscura gruta, sufriendo el hambre, el frio, llorando y haciendo escuchar sus vagidos, sus suspiros, hé aquí una humillacion sin ejemplo. ¿Mas quién

(1) Benignitas et humanitas apparuit salvatoris nostri Dei. *Thi.* 3, 4.

le impone un sacrificio tan penoso sino el amor? un Dios fugitivo y perseguido, buscando un refugio sobre una tierra extranjera, mendigando un pedazo de pan: he aquí ciertamente un abatimiento sin medida; mas ¿quién se lo sugiere sino el amor? ¿Y no es el amor el que le tiene tan largo tiempo oculto en un ignorado taller, ocupado en los más duros trabajos, enteramente sujeto á dos puras criaturas? ¿no es el amor el que le llevó á afligir su cuerpo con un ayuno de cuarenta dias? ¿el que le sometió á la tentacion? ¿el que le separó de su santísima Madre? Que se ensaye á sondear la caridad de que Jesus está animado cuando nos presenta todos los bienes de que ha querido hacer depositaria á su Iglesia. El recorrió las ciudades y aldeas, repartiendo por todas partes, con sus sudores, la semilla de la palabra divina, que debia producir para nosotros los frutos de la vida eterna. Siempre guiado por el amor, tomó la empresa de formar por sí mismo á sus apóstoles y discípulos, padres y pastores; por amor á nosotros puso los fundamentos de su Iglesia y la armó con su asistencia divina como de una torre inexpugnable; por amor á nosotros abrió las fuentes sagradas del bautismo, cuyas aguas saludables nos purifican del pecado; por amor á nosotros instituyó las unciones santas que deben fortificar y confirmar nuestras almas, tanto en las luchas de esta vida, como en medio de las angustias de la muerte; por amor á nosotros santificó la union conyugal y consagró el orden sacerdotal; por amor á nosotros se resignó á estar siempre presente en medio de nosotros para ser el alimento de las almas y nuestro sosten en las penas de la vida. ¿Qué significa todo esto, sino el amor, y el amor más apasionado?

§ III.

*Amor de Jesus por los hombres en los misterios
de su Pasion y de su Muerte.*

Habiendo tratado ya del amor de Jesucristo á los hombres en su vida mortal, réstanos ahora considerar lo que los Profetas que aparecieron sobre el Tabor, llamaron *los excesos de Jesus*: quiero decir, su pasion y su muerte. Mas esto ninguna inteligencia sería capaz de comprender, ni lengua alguna de expresar el amor que Jesus nos ha manifestado. ¡Cuántos excesos de todo género no están comprendidos en estos excesos de amor! Que el Hijo único de Dios, que está sentado en lo más alto de los cielos, sobre un trono eterno de gloria y felicidad, esté aquí abajo reducido á la agonía, sudando sangre y agua, ¿no es un exceso de tedio, de amargura y de angustia? Que la justicia eterna sea atada, cargada de cadenas y traída de tribunal en tribunal ¿no es un exceso de violencia, de perfidia? Que la inocencia misma, la santidad por esencia sea condenada ¿no es exceso de injusticia é iniquidad? Contad los azotes que han desgarrado sus carnes, el número de espínas que le han atravesado la cabeza ¿y no encontraréis aquí un exceso de crueldad? Prestad vuestro oído á las blasfemias é injurias de las cuales es objeto, ¿no es esto un exceso de barbarie? Pesad el madero de su Cruz, bajo el peso de la cual sucumbe y muchas veces vuelve á tomar, agotado como está de fuerza y de sangre, ¿no es esto un exceso de inhumanidad? Contempladle expuesto desnudo á la faz de la más populosa ciudad del mundo, colocado vergonzosamente entre dos ladrones, y hecho presa de las angustias de una larga y cruel agonía, rindiendo el último suspiro, y decidme si esto no es un exceso de ignominia, de ultraje y de dolor? Sin embargo, ¿quién es el que ha concebido todos estos exce-

sos, los ha inspirado y los ha decretado, sino el amor divino? Sí, este artífice infinitamente ingenioso en torturar á su víctima deja mirar por todas partes su mano y sus golpes. Jesus abre la carrera de sufrimientos por un beso, que no por ser el signo de la perfidia de parte de su enemigo, deja de ser la expresion mas sincera de los sentimientos de aquel que da el dulce nombre de amigo al mismo que lo entregaba: (1) el amor no teme á las cadenas, á los golpes, á las heridas; muy al contrario, nada hace resaltar mejor la fuerza y su energía que los más crueles tormentos, y Jesus los acepta y los abraza con gozo.

El amor no puede permanecer oculto, al contrario, suspira por el momento de manifestarse en toda su vehemencia, y Jesus se queja de ver *que tarda en consumarse su bautismo de sangre*. (2) Contempladlo sobre el lecho doloroso de la Cruz donde el amor le ha hecho subir, y mirad si todo no respira allí el amor. Tiene la cabeza inclinada, nota San Agustin, para darnos el beso de paz; tiene los brazos abiertos para abrazarnos y estrecharnos sobre su pecho; tiene los piés clavados, y es para esperarnos en nuestras dilatadas demoras; tiene las manos ligadas para que no nos atemoricen sus castigos; y presentándonos el costado abierto nos muestra su corazon en donde promete no solamente asilo y proteccion sino gozo, paz y amor. En fin, escuchad su voz: habla en el curso de su pasion por tantas bocas cuantas son las llagas que tiene en su cuerpo y gotas de sangre que ha derramado; pero todas estas bocas no hablan sino del amor que Él nos ha traído y el que nosotros le debemos. "Mira, dice, el estado á que me ha reducido mi amor por tí; hé aquí los títulos que me dan derecho á una sincera correspondencia por tu parte. Si yo no hubiera amado tanto no habria sido tan

(1) Amice, ad quid venisti? Mat. 20, 50.

(2) Quomodo coarctor usque dum perficiatur.--Luc. 12, 50.

atormentado; no apartes más los ojos de Aquel que se abandona á semejantes sufrimientos por tí."

Sin embargo, en la grande obra de la Redencion lo que Jesus ha hecho y sufrido no es el único objeto de nuestras consideraciones. ¿Hay todavía más que añadir? Sí, se encuentra otro abismo más de amor que cria en nosotros mayores obligaciones hácia el divino Salvador; hay una infinidad de trabajos y sufrimientos que hubiera abrazado por nosotros si nuestra salud lo hubiese demandado. Murió por nosotros una sola vez, pero si nuestra salud lo hubiese exigido habria sufrido mil muertes: murió por la salud de todos los hombres, mas tambien lo habria hecho por cada uno en particular; sufrió una agonía de tres horas, y si hubiera sido necesario habria permanecido en estas angustias siglos enteros, y en vez de gozar de la presencia de nuestro dulce Jesus sobre el altar le veriamos presa de una agonía sin fin sobre la Cruz. ¡Oh Dios, qué espectáculo! y sin embargo, es indudable que la caridad de Jesucristo no se habria detenido ante semejante sacrificio; ¿pero porque esto no se verificó han rebajado nuestras obligaciones para con su inefable caridad?

Aquel que quiera pesar atentamente estas reflexiones y penetrar con comodidad los misterios que nosotros no hacemos sino presentar á grandes trazos, comenzará tal vez á comprender que hay grande razon de glorificar la caridad de Jesus nuestro divino Redentor.

§ IV.

Amor de Jesus hácia los hombres en los Misterios de su Resurreccion y Ascension.

No vayáis á creer que la historia del amor de Jesus se termina con su muerte: sale glorioso de la tumba, pero siempre

el mismo, siempre tambien ardiendo en caridad. Llegará tiempo en que parta de este mundo para ir á su Padre, pero manifiesta no poder separarse de los hombres: y mirad cómo continúa ocupándose con ellos para colmarlos de nuevos beneficios, para fortificarlos con nuevos socorros, para confirmarlos en las verdades que les es más necesario conocer, y para fortalecerlos, en fin, de la más grande autoridad; y despues de haberlos así armado, fortificado y enriquecido con tantos auxilios y armas espirituales, subir ciertamente al cielo, mas esto para protegerlos más eficazmente desde allí. Se presentó á su Padre con las cicatrices de sus llagas sagradas para defender nuestra causa (1); pero no es esto lo más, derrama sobre la tierra la semilla de vida y de inmortalidad y en seguida envia á su Espíritu Santo para fecundarla con su gracia y sus dones (2).

No se contenta con darnos sus gracias infinitamente preciosas, pero comunes á todo el mundo, sino que añade otras tan propias y particulares á cada uno, que nadie puede conocerlas plenamente, sino aquel que las ha recibido. ¡Alma cristiana que recorres estas páginas, entra un momento en lo más secreto de tu corazon, medita con un amoroso reconocimiento! ¿No es verdad que tu Salvador te ha dado más de una vez las pruebas más esclarecidas de una afeccion particular? Repasando en tu espíritu los años de tu juventud, no remarcas, pues, esta providencia amorosa que te ha defendido no solamente de las desgracias temporales sino tambien de la muerte eterna? ¿A quién eres deudor de esa educacion cristiana de esos padres, maestros y directores? ¿cómo combinar que viniendo á faltarte el uno ó el otro desde luego se haya despertado en el corazon de los otros el celo por tus intereses? Pero El no ha descansado enteramente en otras

(1) *Advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum justum.* I. Joan. 2, 1

(2) *Si autem abiero mittam eum ad vos.* Joan. 16, 7.

BIBLIOTECA CENTRAL

personas, sino que ha tomado sobre sí mismo el trabajo de dirigirlos personalmente (1). Si Jesus hubiese impedido tal encuentro, si hubiese alejado tal persona, si no os hubiera socorrido por medio de tal obra, quién sabe qué habria sido de vosotros; mas El ha tenido cuidado de proyeer á todo, y alguna vez de una manera tan inesperada que su intervencion os ha parecido prodigiosa. Si resistiendo á las pruebas tan multiplicadas de su caridad, os habeis dejado arrastrar algun tiempo de vuestra inexperiencia y llevar á la impetuosidad de vuestras pasiones; si estais desgraciadamente alejados de El, ¡ah! habeis visto á la vez abrirse en vuestro favor otro abismo de caridad. Jesus podia haberos dejado en el fondo de ese laberinto en que estábais precipitados, y por cierto que no le faltaria razon para obrar de tal manera; pero ha sido todo lo contrario, no os ha dejado reposo ni tranquilidad sino para llamaros á El: ha emprendido reconquistar vuestro corazon por los asaltos de amor; á veces os ha herido con temores súbitos, otras os ha despertado, por llamamientos inesperados, sea haciendo brillar á vuestros ojos las castas bellezas de la virtud, sea llenando de amargura esta vida de desórden y pecado: ha excitado, por una parte, á ciertas personas para daros saludables consejos dictados por la amistad, alejando, otras veces, aquellas que os querian perder: en fin, ha puesto en obra todas las industrias imaginables para traerlos á El.

Cuando, por último, os habeis rendido á sus invitaciones, bien sabeis qué acogida habeis tenido. No osábais ya levantar los ojos hácia El; con la frente cubierta de confusion y el corazon penetrado de una amarga pena os deshaciais en lágrimas; pero El ha venido á vuestro encuentro y abrazándoos tiernamente os estrecha contra su pecho, cura todas vuestras heridas, derrama sobre vuestras llagas un bálsamo divino, y en

(1) Ego feci, et ego feram, ego portabo, et salvabo. Is. 46, 4.

medio de vuestras mismas lágrimas que presta á vuestro dolor, os hace sentir hasta las fibras más secretas del corazon la dulce confianza de haber obtenido ya un generoso perdon. ¡Oh, cuántas pruebas de una asistencia particular, de una providencia amorosa, puesta fuera de toda expresion!

Todo esto ha pasado en secreto entre El y vosotros; el ojo del hombre no ha penetrado estos misterios, no los ha visto ni ha podido verlos, Jesus lo conoce, y si vosotros lo conoceis esto es bastante para Él, porque le basta haberos consolado en vuestras penas, ayudado en vuestros trabajos, sostenido en vuestros desfallecimientos, socorrido en vuestras más apremiantes necesidades, ¡oh amor, amor infinito de nuestro dulce Jesus!

En una palabra, si quereis conocer toda la inmensidad del reino del amor de Jesus mirad el cielo, la tierra y el infierno, en todas partes encontrareis no solamente vestigios, sino las pruebas más claras y profundas de este divino amor. Si en el cielo se encuentran tronos dispuestos á recibirnos en el seno de una eterna felicidad, es el amor de Jesus quien nos los ha preparado al precio de todo El mismo y de sus inefables humillaciones (1): mirad á la tierra y encontrareis que todos los bienes que poseemos, así espirituales como temporales, todos nos vienen del amor de Jesus, que lo ha dispuesto todo para nuestra salvacion: mirad tambien al infierno y despues á vosotros mismos, y decid: si yo no ardo en aquellas vengadoras llamas, si tengo la confianza de libertarme de ellas, es al amor de Jesus y á El solo á quien debo esta gracia; sin este amor yo estaria condenado á habitar una prision eterna de fuego, el fuego seria mi alimento y mi bebida, el fuego me serviria de lecho y me rodearia por todas partes; sí, si yo no soy sin esperanza la marca de esas llamas devoradoras, es, que el fuego del amor encendido en el Corazon de mi Jesus

(1) Vado parare vobis locum. — Joan. 14, 2.

ha sido más activo aún que el de las hogueras del infierno. ¡Mirad cuál es la caridad de un Dios Redentor!

§ V.

Amor de Jesús concentrado en la divina Eucaristía.

En fin, todas las pruebas mencionadas, todas aquellas demostraciones, sus éxtasis y ternuras de amor, Jesús las ha reasumido en un sacramento, para darnos el recuerdo más agradable y ofrecérnoslos todos reunidos, á la vez, como un solo tesoro: ya se comprenderá sin dificultad que quiero hablar del sacramento que es llamado por excelencia el Sacramento de amor. Como el bautismo es el sacramento de la fé y la confirmación el sacramento de la fuerza, la Eucaristía es propiamente el Sacramento de amor, pues en él Dios ha hecho realmente el compendio de sus más grandes maravillas, y con grande admiración de los ángeles y de los hombres los ha hecho á todos servir á su amor (1): maravillas de su sabiduría, cuando se vea á un Dios infinitamente grande inventar el medio inefable de darse enteramente al hombre sin por esto atemorizar por su Majestad, y alejarse de nosotros sin que por esto deje de estar presente: maravillas de poder en las que desplegando la fuerza de su brazo trastorna las leyes de la naturaleza á fin de poner en ejecución su admirable invención: maravillas de bondad, porque encuentra un modo tan admirable de unirse al hombre con una unión tan íntima, y de estar con él tan absolutamente cual el alimento que con él se incorpora: maravilla sobre todo de liberalidad que se eleva á un grado inconcebible. En efecto, ¿de dónde provienen todos los bienes que tenemos de Jesucristo? provienen

(1) Memoriam facit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus. Psal. 110, 4.

sin duda alguna del árbol adorable de la Cruz, de los méritos de la gran Víctima que fué inmolada sobre aquel altar y del gran Sacerdote que fué el sacrificador. Por esta inmolation la justicia divina se aplacó, y la paz se estableció entre Dios y los hombres; Dios reconciliado con los hombres por Jesucristo les concedió el favor de la adopción divina, les aceptó por herederos de su reino, colmándolos de infinitad de gracias. Por esto aquel mismo sacrificio, salva solamente la manera de apreciarle, tiene la perpetuidad en ese misterio de amor. Aquí se renueva todos los días y á la vez en una infinitad de lugares; es el Sacrificio predicho por Malaquías: *Una oblacion pura y santa se ofrece y sacrifica en mi nombre, en todo lugar;* (1) este es el Sacrificio de la ley nueva. Aquí es adonde se renueva sin cesar el prodigio más desconocido: "A la voz de un ministro del Altísimo, dice San Gregorio, se abren los cielos de los cielos, y ¡espectáculo que asombra á los ángeles! lo que hay de más sublime se asocia á lo que se encuentra de mas abyecto; la tierra se junta con el cielo y las cosas visibles é invisibles se hacen una misma. (2)" Aquí Dios recibe, en fin, las acciones de gracias que le son debidas por los innumerables beneficios que tenemos de Él recibidos: aquí es ofrecida la víctima de expiación por todas las iniquidades que inundan la tierra: aquí se hace la impetración perfecta de las gracias que la tierra tiene necesidad de recibir del cielo: aquí se le dá á Dios un culto digno de El; porque jamás su infinita Majestad hubiera sido honrada como merece si no lo hubiese sido por un Dios. Para decirlo todo en una palabra, la divina Eucaristía es para la Iglesia lo que el al-

(1) In omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio munda.—1. 11.

(2) Quis enim fidelium dubium habere possit, in ipsa immolationis hora ad sacerdotis vocem caelos aperiri, in illo Jesu Christi mysterio angelorum choros adesse, summis ima sociari, terrena coelestibus jungi, unum quoque ex visibilibus atque invisibilibus fieri?—4 dialog. cap. 18.